



*Matar a
la Bestia*

Planeta
Junior

PRÓLOGO

DEL LIBRO DE LOS CUENTOS DE HADAS

Tal vez crees conocer la historia de Gastón. Puede que hasta recuerdes al chico intrépido, que se autoproclamaba un héroe, fanfarroneando en la saga de la Bestia, flexionando sus músculos y levantando su barbilla partida mientras se elogiaba a sí mismo a todo pulmón, como si fuera el rey de las barbillas en forma de trasero. Pero a veces hay más de un villano en un cuento de hadas. Y no te equivoques: tanto Gastón como la Bestia eran los villanos de esta historia, aun si la Bestia terminó por redimirse.

Algunos incluso dicen que *nosotras* somos las verdaderas villanas acechando estas páginas, moviendo los hilos del destino y entretejiendo las historias conforme a nuestros fines. Las brujas entrometidas, taimadas y endemoniadas de todas estas historias: las Hermanas Perversas. Y puede que tengan razón.

UNA HISTORIA DEL CAMPEÓN CAÍDO

Como autoras de este Libro de los Cuentos de Hadas, podemos asegurar con autoridad mágica que éste es un libro único. Es fluido y se encuentra en perpetuo cambio, tal como se han alterado los destinos de aquéllos cuyas historias hemos registrado. Y aunque los eventos que dieron forma a la vida de Gastón acontecieron hace mucho tiempo, nuestra narración refleja todo lo que pasó antes de su tiempo y lo que ha pasado desde entonces. Quizás te preguntes cómo es eso posible. Es muy simple: vemos las cosas mucho más claras desde nuestro nuevo hogar en el Inframundo con Hades. Lo vemos todo: pasado, presente y futuro.

Si has leído la leyenda de la Bestia en el Libro de los Cuentos de Hadas, sabes por qué ayudamos a maldecirlo. Era un hombre egoísta, vanidoso y cruel que rompió el corazón de nuestra hija Circe. Decimos «hija» porque eso es, pero hace mucho tiempo, en la época de estos hechos, le mentimos y le dijimos que era nuestra hermana. Haríamos cualquier cosa para proteger a nuestra hermana menor, y eso incluía hacernos amigas de Gastón para poder vengarnos del Príncipe-Bestia. Y aunque tal vez pienses saber qué papel jugó Gastón en estos eventos, siempre hay más de una versión de cada historia. Ésta es la de Gastón.

Depende de ti si éste es un relato de redención o no. Es la historia de dos pequeños que se querían como hermanos, y que por siempre cambiarían la vida del otro.

Planeta
Junior

CAPÍTULO I

HERMANOS DE SANGRE

Gastón creció en un reino pintoresco, con un castillo en lo alto de una elevada isla rocosa que se conectaba a sus tierras mediante un puente de piedra. Era un castillo hermoso y único en el aspecto arquitectónico, conformado por varios niveles; cada uno contaba con su propio terreno y cada terreno tenía su propio jardín. Los chapiteles del castillo —que tenía muchos— parecían puntia-gudos sombreros de bruja que atravesaban el cielo majestuosamente. Gastón tenía entrada libre al castillo y los terrenos que lo rodeaban, y junto con el Príncipe de este reino pasaba sus días explorando cada centímetro de su estructura y los inmensos bosques que lo rodeaban.

Gastón y el Príncipe habían sido mejores amigos desde que tuvieron la edad suficiente para salir a explorar juntos. Sus madres eran muy unidas y les agradaba la idea de que sus hijos crecieran juntos,

y así lo hicieron. Eran unos chicos salvajes, aventureros y bruscos que constantemente iban en busca de nuevas aventuras, y nunca tenían que ir muy lejos para encontrarlas. Aquel par siempre hallaba la forma de crear su propia diversión.

Inventaban juegos para dar con los árboles más viejos y los caminos más descuidados. Localizaron edificios anexos abandonados y en ruinas, y robles huecos que conducían a túneles subterráneos, además descubrieron un cementerio antiguo y decadente que parecía haber estado ahí desde mucho tiempo antes de que la familia del Príncipe gobernara esas tierras. A veces pasaban horas montando a caballo, saltando los arroyos y las cercas, retándose el uno al otro a cabalgar lo más lejos posible del reino del Príncipe, para poder explorar tierras extrañas de las que sólo habían escuchado en las historias de los libros que encontraban en la biblioteca del castillo. Y algunos días permanecían cerca de casa, leyendo esas historias y soñando sobre cómo serían sus vidas cuando tuvieran la edad suficiente para hacer lo que quisieran.

Una de sus travesuras favoritas cuando estaban en el castillo era escabullirse dentro de la biblioteca en busca de toda clase de libros, incluyendo aquéllos sobre la historia de los Muchos Reinos. Estos libros estaban repletos de majestuosas

ilustraciones de seres que nadie había visto en cientos de años, como los grandiosos Árboles Maestros, que alguna vez reinaron en todas las tierras donde ahora se alzaban los Muchos Reinos. Jamás se imaginarían que, no mucho tiempo después, los Árboles Maestros regresarían tras despertar de su sueño para retomar su posición en el mundo una vez más.

El bibliotecario del castillo, Monsieur Biblio, era un hombre irritable y anticuado que insistía de forma muy particular en que los libros jamás debían salir de la biblioteca, aunque, por derecho, los libros le pertenecían al Príncipe (o al menos así sería algún día). Monsieur Biblio custodiaba los libros como un dragón codicioso protegiendo su tesoro. A veces, cuando faltaba uno, gruñía y se quejaba. Los chicos estaban de acuerdo en que Monsieur Biblio parecía más un topo que un dragón. Era un hombre bajito, robusto, con una cabeza muy redonda y calva, y ojos agrandados por un par de gruesos anteojos. A Gastón y al Príncipe les gustaba jugar a escabullirse dentro de la Guarida del Dragón, como la llamaban, retándose a entrar a hurtadillas mientras Monsieur Biblio estaba ocupado con sus deberes.

A veces, el Príncipe se acercaba con la excusa de preguntarle algo, por lo general sobre algún tema que sabía que le interesaría al bibliotecario y

del que pudiera hablar a profundidad. Los chicos sabían que al hombre le parecía particularmente intrigante la historia y la construcción de la variedad de castillos en los Muchos Reinos. También se sentía notablemente atraído por los diversos protocolos domésticos de cada uno de ellos. Pero su interés especial, lo que acaparaba la mayor parte de su tiempo, era aprender sobre los guardianes de libros que lo habían precedido y cómo habían administrado sus bibliotecas. Puede que una persona común y corriente, sin culpa alguna, no supiera que los conocimientos del bibliotecario iban más allá de sólo resguardar los tomos reales. El bibliotecario real también era quien tenía más conocimientos sobre el hogar, sus posesiones y sobre quienes habían habitado esas paredes durante siglos. También eran historiadores. Así que lo único que el Príncipe tenía que hacer era preguntarle a Monsieur Biblio algo sobre la casa, o quién estaba en cierto retrato y el bibliotecario comenzaba a parlotear al respecto. Esto le daba la oportunidad a Gastón de entrar sigilosamente y meter algunos libros en su bolsa. Después, los chicos se echaban a reír, complacidos de haber engañado al viejo cascarrabias de Monsieur Biblio una vez más. Más tarde se llevaban sus tesoros de contrabando a su casa del árbol donde nadie los molestaría.

UNA HISTORIA DEL CAMPEÓN CAÍDO

Nada les encantaba más a Gastón y al Príncipe que apoderarse de aquellos libros magníficos llenos de emocionantes historias de aventuras. A Gastón le fascinaba ver las ilustraciones mientras el Príncipe leía las historias en voz alta. A veces pasaban horas con alguno de los preciados tomos de Monsieur Biblio, escondidos en la casa del árbol que el papá de Gastón le había construido. Él era el único adulto que sabía sobre su casita secreta (ya que los habitantes del castillo rara vez visitaban la cabaña), y prometió que jamás le contaría a nadie. El escondite era todo lo que los chicos podrían desear: con sus grandes ventanas redondas y la trampilla que podían cerrar cuando estaban dentro. Estaba en lo alto de las fuertes ramas de un enorme y venerable roble. Por las noches, los chicos sentían que se encontraban entre las estrellas. Tenían cojines donde se sentaban y pilas de libros de la biblioteca que leer, rodeados de objetos interesantes que habían recolectado en sus aventuras. Era su espacio secreto. Un mundo donde sólo los chicos y sus historias existían.

—¿Qué libro leeremos esta noche? ¿Es sobre dragones? —preguntó Gastón mientras lanzaba sus espadas de madera y sus escudos a una esquina de la casa de árbol.

Llevaban puestos los atuendos de caballero que habían usado para su aventura de esa tarde. Habían

estado corriendo por las catacumbas en las profundidades del castillo en busca de dragones. Por supuesto que no encontraron ninguno de verdad, pero se divirtieron matando monstruos imaginarios.

Después de estar todo el día cazando dragones, se pusieron cómodos. Recostados sobre una montaña de cojines que habían tomado del castillo, decidieron sumergirse en las páginas de uno de sus libros favoritos. Por suerte, nadie parecía notar todas las cosas que desaparecían del castillo y que terminaban en su casa del árbol (a excepción de los libros que hurtaban de la biblioteca).

—Es otra historia sobre el Bosque Muerto —dijo el Príncipe, que sostenía un viejo libro grueso llamado Libro de los Cuentos de Hadas.

—¡Ésas son mis favoritas! ¡Espero que haya alguna batalla con todos esos soldados muertos!

—¡Claro que sí! Es sobre Sir Jacob, ¿lo recuerdas? Esta historia es sobre su vida antes de que muriera, y de cómo llegó a servirles a las Reinas de los Muertos.

—¡Oh, vaya! Siempre me he preguntado cómo terminó ahí. —Gastón se imaginó qué aspecto tendría Sir Jacob cuando estaba vivo. Esperaba que hubiera una buena descripción de él. A Gastón le encantaba el Libro de los Cuentos de Hadas.

Tenía todo lo que más disfrutaba: crónicas emocionantes impregnadas en la historia de los Muchos Reinos. Y por supuesto, no estaba de más que hubiera tantas historias que involucraban dragones, árboles gigantes parlantes, soldados muertos vivientes, brujas y magia.

—¿Crees que podríamos ir al Bosque Muerto algún día, Kingsley?

—No, a menos que quieras convertirte en uno de los soldados muertos de Jacob —dijo el Príncipe riendo—. Pero podemos ir al Reino del Lucero del Alba. Es un camino largo, pero podríamos regresar antes de la cena si nos vamos temprano.

—¿Crees que nuestros papás nos darían permiso?

—No hay que darles la oportunidad de decir que no.

A Gastón le encantaba esta cualidad de su amigo. El Príncipe siempre estaba dispuesto a ir en busca de aventuras sin preocuparse por las reglas. Si hubiera sido la clase de Príncipe que seguía las reglas, no serían amigos y no podrían hacer tantas travesuras. Tampoco tendrían los tesoros que habían coleccionado en sus aventuras.

Algunos de sus tesoros parecerían mundanos, como piñas secas de aspecto interesante, rocas de colores brillantes o bellotas con símbolos

extraños tallados. También tenían plumas de cuervo y fragmentos de lápidas del cementerio, además de huesos pequeños que habían encontrado en el bosque. No importaba el tamaño de los tesoros, cada uno contaba una historia diferente: un recuerdo de la aventura que habían tenido ese día. Pero su tesoro más valioso era un pequeño cuchillo de cazador que usaron para cortar las palmas de sus manos y convertirse en hermanos. No había nada mágico en este acto, por supuesto; ninguno de ellos sabía sobre esas cosas excepto por los cuentos de hadas que el Príncipe leía en voz alta algunas veces. Ellos sólo querían ser hermanos, y esto era lo más cercano a ser hermanos de verdad que se les había ocurrido.

Ser hermanos de sangre.

Si dependiera de Gastón y del Príncipe, permanecerían en la casa del árbol todo el día, y hasta bien pasada la noche si pudieran, sumergidos en sus libros más queridos y discutiendo las historias fantásticas que habían descubierto. Y a veces lo hacían, hasta que el papá de Gastón los llamaba para recordarle al Príncipe que debía regresar a casa para la cena o para sus lecciones con su tutor, el Sr. Willowstick. Gastón casi siempre lo acompañaba de regreso al castillo, donde partían por caminos diferentes: el Príncipe se dirigía al comedor mientras que Gastón iba a visitar a la Sra. Potts

en la cocina o su sala de estar. Cuando terminaba la cena, ambos se embarcaban en otra aventura con sus bolsillos llenos de los bocadillos que la Sra. Potts les había dado.

Uno de sus pasatiempos favoritos era escabullirse a lugares del castillo que estaban prohibidos. Decirle a cualquiera de los dos que algo no estaba permitido era como darles una orden directa de ir a buscarlo y descubrir sus secretos. Pasaban un sinnúmero de horas vagando por las catacumbas bajo el castillo y explorando sus numerosos pasadizos secretos.

Incluso habían encontrado paneles ocultos que daban hacia unos pasajes entre las paredes del castillo que los llevaban directo a la cocina en el sótano. En realidad no eran un secreto, el personal los conocía muy bien y los utilizaba para llevar los platillos al comedor y realizar sus actividades sin perturbar a la familia real. Pero los chicos habían inventado otras razones por las que estos pasadizos existían, historias alocadas que alimentaban sus imaginaciones y les brindaban horas interminables de diversión. A ambos les encantaba esconderse detrás de las puertas secretas y salir de repente cuando escuchaban que alguien se aproximaba al otro lado para darle al desafortunado un buen susto, aunque tenían mucho cuidado de no

hacérselo a Dindón. Ninguno de los chicos quería darle razones para que se molestara con ellos. O más específicamente, aún más razones para que se molestara con Gastón, porque Dindón se encontraba en un estado perpetuo de desaprobación en cuanto a Gastón se refería.

Éste no era el caso con el ama de llaves, la Sra. Potts, o la mayoría de los demás empleados; todos parecían adorar a Gastón y no tenían ningún problema en dejar que los chicos se divirtieran. Incluso los dejaban creer que habían descubierto algo nuevo cuando aparecían en la cocina inesperadamente fingiendo ser espectros y pidiendo bocadillos, que la Sra. Potts siempre tenía a la mano, cada vez que los chicos llegaban a su sala de estar o a las cocinas.

Casi todos los sirvientes trataban a Gastón y al Príncipe como si fueran hermanos. No es que *fuieran* hermanos en realidad, pero tenían casi la misma edad y, como eran buenos amigos, siempre estaban juntos. Después de todo, habían declarado ser hermanos de sangre, ¿y quién los iba a contradecir?

El padre de Gastón, Grosvenor, era el guarda-bosques del rey y el cazador real. Era su trabajo supervisar a los mozos que cuidaban de los caballos y de los perros, y también a aquéllos que cuidaban

de los terrenos y los bosques que rodeaban el castillo. Pero aún más importante, organizaba las cacerías reales para el rey y sus diversos invitados reales.

Y aunque Gastón podía ir y venir por todo el castillo, en las noches regresaba a casa, a la cabaña de piedra en los terrenos del castillo donde vivía con su padre, apartados del ajetreo del castillo, como éste lo prefería. Grosvenor no siempre había estado conforme con estar aislado en su cabaña; antes solía convivir mucho con el resto del personal, pero últimamente prefería su propia compañía a la de alguien más, excepto por la de Gastón, a quien amaba con todo su corazón.

Gastón también amaba a su padre, pero su vida con él podía llegar a ser muy solitaria en la cabaña del bosque. Grosvenor era un buen hombre que se enorgullecía de su trabajo y se dedicaba a enseñarle su oficio a su hijo. Era un padre amoroso y gentil, pero Gastón presentía que había una herida profunda en su corazón, una herida secreta que albergaba y que, en ocasiones, le causaba gran melancolía. Grosvenor se sentaba durante horas afuera de su cabaña sólo para mirar el cielo estrellado. Gastón siempre era bienvenido si quería acompañarlo en la silla que estaba a su lado, y a veces se sentaban juntos en silencio a mirar las

estrellas centelleantes en contraste con el oscuro manto de la noche. Gastón sabía quién acechaba los pensamientos de su padre: su madre.

La madre de Gastón, Rose, había muerto cuando él era muy pequeño. No tenía recuerdos reales de ella, sólo las historias que los sirvientes y su padre le contaban, y parecía que todos los que la conocían le habían tenido aprecio. Y aunque ella siempre fue amigable con todos los sirvientes, había sido particularmente cercana a la Sra. Potts. Se hicieron amigas muy rápido, cuando llegaron a trabajar como jóvenes sirvientas. Subieron de rango juntas, y mientras que la Sra. Potts se convirtió en el ama de llaves, Rose se convirtió en la sirvienta personal y acompañante de la reina. Las dos mujeres siempre estaban juntas cuando no estaban ocupadas en sus labores y se apoyaron cuando cada una, finalmente, se casó. En aquellos días, Grosvenor y Rose cenaban en la casa grande (que es como llamaban al castillo) con los otros sirvientes, y contaban las historias de cómo habían sido sus días; riendo, a veces se quedaban despiertos hasta tarde disfrutando de la compañía del otro. Y así fue siempre, hasta que Rose murió.

De acuerdo con la Sra. Potts, nadie podría decir nada malo de Rose, y todos en esa casa, en cada rincón, habían quedado con los corazones rotos

tras su muerte. Se decía que la reina se encontraba en un estado trágico de aflicción cuando Rose les fue arrebatada tan repentinamente, e insistió que fuera enterrada en los terrenos del castillo para que pudiera visitar el lugar de reposo de su amiga y llevarle flores con sus propias manos. Nadie quería decirle a Gastón cómo murió su madre, pero sabía que fue muy trágico, porque siempre se comentaba a voces y con expresiones afligidas. Pero había algo de lo que Gastón estaba casi seguro: el rostro de su padre llevaba las cicatrices de lo que fuera que pasó aquella noche, y sabía que no se comparaban de ninguna manera con las que llevaba en el corazón. Así que Gastón comprendía por qué su padre a veces se quedaba callado durante horas y por qué le gustaba el aislamiento de su pequeña cabaña de piedra en medio del bosque.

Debido a la ausencia de su madre, los demás adultos que rodeaban a Gastón lo apoyaban. Aunque las responsabilidades de su padre para la corona eran muy grandes, y aunque a veces caía en la melancolía sin advertencia alguna, siempre reservaba tiempo para su hijo y se preocupaba mucho por enseñarle todo lo que necesitaba saber para que algún día pudiera tomar su lugar como el cazador real. Era una buena posición, en especial para alguien que le gustaba salir de caza y a buscar aventuras.

Aunque Gastón compartía ese amor con su padre y los respetaba tanto a él como a su posición, Gastón quería algo más. Quería aprender a leer y a escribir, pues deseaba aprender sobre el mundo y sus historias. Quería recibir la misma educación que el Príncipe. Le alegraba mucho cuando el Príncipe le leía las historias, pero anhelaba leerlas por sí mismo. Cuando le compartió estas ideas a su amigo, el Príncipe insistió en que Gastón lo acompañara en sus lecciones, pero su tutor, el Sr. Willowstick, se rehusó; dijo que Gastón sólo sería una distracción. Y cuando Gastón le preguntó a su padre si podía asistir a la escuela de la aldea, su padre dijo que no había ninguna razón para hacerlo, ya que Gastón tenía muchas cosas que aprender para convertirse en el cazador real. Después de un tiempo, Gastón se rindió y dejó de preguntarle a su padre si podía ir a la escuela; aprendía lo que podía de los libros que él y el Príncipe disfrutaban juntos, no obstante, siempre sentía que se estaba perdiendo de algo. Y ése era otro ejemplo de que en realidad no era igual al Príncipe, sin importar cuánto éste insistiera en que sí lo era.

Desde la muerte de Rose, la Sra. Potts mostró un interés especial en Gastón. Lo adoraba y siempre estaba ahí para ofrecerle consejos o un buen regaño, dependiendo de las circunstancias. Gastón

siempre era bienvenido en la sala de estar de la Sra. Potts, donde ésta pasaba la mayor parte de su tiempo cumpliendo con sus deberes. Cuando no se encontraba ahí, estaba a cargo del personal de la cocina y de las sirvientas, o acompañando al Chef Bouche mientras horneaba, que era uno de sus pasatiempos preferidos.

Dindón, que era mucho más estricto, no aprobaba que Gastón tuviera tanta libertad en el castillo. La mayor parte del tiempo se le escuchaba gruñendo y quejándose sobre Gastón, en especial cuando él y el Príncipe entraban corriendo al castillo con las botas enlodadas después de una de sus aventuras. Dindón nunca desaprovechaba la oportunidad de recordarle a Gastón que no debía entrar por la puerta principal, sino por la puerta trasera, que era por donde entraba el personal. El Príncipe siempre agitaba la mano diciendo que ese tipo de cosas no importaban, pero después de todo, era el trabajo de Dindón mantener los estándares del hogar, y uno de ellos era asegurarse de que Gastón supiera cuál era su lugar. O, al menos, así lo veía el mayordomo. Gastón era el hijo de un sirviente y los sirvientes entraban al castillo por la parte de atrás. Y aunque al rey y a la reina no parecía molestarles la amistad de su hijo con Gastón, Dindón era muy claro en su opinión de que era

una amistad que no duraría hasta la edad adulta. Había historias, por supuesto, de aristócratas que cruzaban la línea divisoria con sus sirvientes y se volvían verdaderos amigos, pero era muy inusual. Y aunque ya había existido una amistad así de milagrosa en ese hogar entre la reina y la madre de Gastón, Dindón desaprobaba tales relaciones.

Cuando Rose seguía con vida, después del nacimiento de Gastón, la reina insistió en que cuidarían del bebé en la guardería del castillo durante el día, en lugar de que Rose contratara a alguien de la aldea para que cuidara de él mientras ella cumplía con sus deberes. La reina también estaba esperando la llegada de su bebé y a las dos mujeres les encantaba la idea de que sus hijos pudieran crecer juntos. A Dindón no le parecía apropiado nada de esto, por supuesto. Verás, él prefería las viejas costumbres, y no era alguien a quien pudieras llamar «progresista», pero no podía opinar mucho al respecto si eso era lo que la reina deseaba.

Las costumbres aburridas de Dindón causaron muchas discusiones entre él y la Sra. Potts a lo largo de los años, discusiones muy *ruidosas*, que a menudo ahuyentaban a los demás sirvientes y los dispersaban en todas direcciones, en especial cuando la Sra. Potts, frustrada, comenzaba a lanzar tazas de té.

Un día en particular, cuando los chicos tenían siete años, todos habían escapado de la cocina tras una discusión entre Dindón y la Sra. Potts. Ella estaba en la cocina revisando el menú con el Chef Bouche y horneando cuando Dindón entró con pisotones y gruñidos. La Sra. Potts pasaba la mayor parte de su tiempo en la cocina cuando no estaba en su sala de estar atendiendo sus otros deberes. Disfrutaba la compañía del Chef Bouche y de las sirvientas, y el ajetreo de los sirvientes entrando y saliendo, haciendo sus bromas. Incluso disfrutaba cuando Dindón se aparecía para conversar un poco o para beber una taza de té, pero sabía, por la expresión en su rostro aquel día, que el mayordomo no estaba de buen humor.

—¡No sé cuántas veces he tenido que decirle a ese chico Gastón que use la entrada del personal! Deberían ver el lodo que dejó embarrado en el vestíbulo. Como si no tuviéramos suficiente trabajo preparándonos para el regreso del rey y la reina de sus viajes.

El bigote de Dindón se sacudía con frustración. La Sra. Potts negó con la cabeza y suspiró mientras continuaba preparando sus galletas. En términos estrictos, hornear no era parte de sus deberes, ya que era el ama de llaves. Era la segunda al mando después de Dindón, pero su dinámica era

más como una colaboración, o al menos ella así lo veía. La verdad era que a ella le gustaba hornear, y en lugar de añadirle responsabilidades al Chef Bouche al pedirle que preparara unos bocadillos extra para el Príncipe, Gastón y sus propios hijos, que eran muchos, lo hacía por sí misma, porque lo que más le encantaba era consentir a los niños.

—Y me imagino que el Príncipe no dejó ninguna huella de lodo. —La Sra. Potts apartó un mechón de cabello que había encontrado la forma de salirse de su gorro y cortó la masa con un molde grande con forma de barco pirata. Alzó una ceja hacia Dindón.

—Él es el Príncipe. Puede dejar todas las huellas que él quiera donde él quiera. ¡Gastón es el hijo de un sirviente! —Dindón siempre asumía esta postura. Según él, el Príncipe jamás podría hacer nada malo. Gastón, por otro lado, era otra historia.

—¿Por qué siempre tienes que poner al pobre chico en su lugar de esa forma, Dindón? Toma una de las galletas que les prepararé a los chicos, tal vez te quite lo malhumorado —dijo con una sonrisa.

—¡Es muy revitalizador escuchar que crees que Gastón tiene un lugar, Sra. Potts! Tratas a esos chicos como si fueran hermanos. ¿No te das cuenta de que no le estás haciendo ningún favor a Gastón al tratarlo igual que al Príncipe?

—Se quieren como hermanos, Dindón, ¿y por qué no habría de ser así? Jamás podrías separar a esos chicos aunque lo intentaras.

—¡Como si no lo supiera! ¿Y cómo crees que terminará eso cuando hayan crecido y Gastón se convierta en el guardabosques? —preguntó Dindón. La Sra. Potts suponía que tal vez él tendría la razón en diferentes circunstancias, con chicos diferentes. Pero ella los conocía mejor que él. Ella conocía sus corazones.

—Gastón será el cazador real, Dindón, y al rey y a la reina no parece molestarles su amistad, así que no veo por qué a ti sí.

—El rey y la reina están muy ocupados como para darse cuenta.

El comentario tomó a la Sra. Potts por sorpresa. Esa clase de cosas nunca se decían en voz alta, aun cuando, desde la perspectiva de un sirviente, ése pareciera ser el caso. El rey y la reina estaban fuera muy seguido, y cuando estaban en el castillo estaban muy ocupados como para pasar tiempo con su hijo. Pero la Sra. Potts sabía que la reina amaba a su hijo, que había adquirido un interés especial por Gastón y le complacía que fueran amigos.

—Bueno, te digo que los dejes en paz, Dindón. Sólo déjalos ser. Piensa en lo solitario que estaría

el Príncipe sin Gastón. Piensa en los problemas en los que se metería si no tuviera esa amistad, especialmente con personas como tú, que no paran de decirle que puede hacer y decir lo que le plazca. ¿Y qué si siguen siendo amigos cuando crezcan? ¿Qué daño podría causar? Sabes lo cercana que era la reina a la madre de Gastón. La quería como a una hermana.

—No importa cuánto la haya querido la reina, Rose seguía siendo su sirvienta y ella conocía su lugar. Incluso yo, el mayordomo de esta casa tan grandiosa y respetada, conozco mi lugar. Y como tal, depende de mí cuidar del Príncipe —dijo con las manos en las caderas, con una actitud desagradable y de fanfarroneo. La Sra. Potts sabía que si Dindón ponía las manos sobre las caderas no lo podría sacar de su necedad. No había forma de quebrantar su determinación.

—Bueno, pues cuida de él a tu manera y yo lo haré a la mía —dijo ella mientras le entregaba una bandeja repleta de galletas en forma de pirata a una de las sirvientas para que la llevara al horno.

—Dándoles dulces y tratándolos como pequeños Príncipes, sin duda —se quejó Dindón.

—¡Y qué si lo hago! ¡Ahora, largo! Mejor sube para asegurarte de que todo esté listo para

el regreso del rey y la reina. Ya tengo suficiente organizando el festín de bienvenida con el Chef Bouche sin que tú vengas a ahuyentar a todos en la cocina. —La voz de la Sra. Potts se escuchaba cada vez más fuerte, como una tetera a punto de hervir. Y era de esperarse, con Dindón parloteando sin parar y actuando, en su opinión, como un gran esnob.

—Bueno, entonces, si ves al Príncipe, dile que lo espero en la planta baja para recibir a sus padres cuando lleguen, ¡sin Gastón!

—¡Tic toc, Dindón! ¡El rey y la reina llegarán antes de que te des cuenta! —exclamó la Sra. Potts señalando el reloj.

El bigote de Dindón se crispó una vez más antes de darse la vuelta y salir de la cocina. Parecía un general en medio de la guerra en camino a reforzar las almenas. Una vez que se fue, la Sra. Potts pudo escuchar las risitas y el arrastre de pies detrás de uno de los paneles ocultos que llevaban al pasaje que conectaba la cocina con el comedor. Se preguntó qué tanto de la conversación habían escuchado.

—Ya pueden salir, niños, ya se fue —dijo ella y les dedicó una sonrisa cuando salieron por detrás del panel oculto—. ¿Supongo que escucharon todo lo que dijo? Bueno, para aclarar las cosas, los quiero a los dos de la misma forma. No le hagan caso a ese viejo estirado de Dindón. Que no les preocupe

en lo más mínimo, ¿entienden? —Miró a Gastón, que parecía un poco triste. Le rompía el corazón verlo tan desanimado, y ella siempre hacía su mejor esfuerzo para sacarlo de esos humores. Era una promesa que se hizo a sí misma cuando la madre del chico murió: siempre cuidaría de él como si fuera suyo.

—No me molestaría que Gastón fuera mi hermano —dijo el Príncipe, alegre y orgulloso al lado de su amigo. Hacían un gran par: ambos cubiertos de lodo gracias a sus aventuras. Ambos tan devotos uno al otro.

—Sé que no te molestaría, querido. Eres un niño muy dulce —dijo la Sra. Potts sonriéndole al Príncipe—. ¿Y me imagino que estaban jugando a ser caballeros en el bosque? ¿Matando alguna criatura, quizás un monstruo de lodo?

—¡Todo el mundo sabe que no existen los monstruos de lodo, Sra. Potts! No, estábamos cazando dragones en el...

—¡Gastón, shh! —exclamó el Príncipe dándole un codazo en las costillas—. No reveles todos nuestros secretos. —El Príncipe hacía reír a la Sra. Potts muy a menudo. La idea de que pudieran ocultarle algo era muy cómica.

—¿Creen que no sé todo lo que traman? Olvídenlo, ya escucharon a Dindón: ve arriba y

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:

 @planetadelibrosco

 @planetadelibrosco

 Planeta de Libros Colombia

 @PlanetadeLibrosCo



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:

@leeresmiplan

Únete a nuestra comunidad de lector encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.

Haz click aquí



Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co

Grupo  Planeta

Creemos en los libros